

Invernal

Blanco el río, nevada la colina,
blanco el árbol y blanca la llanura,
se presenta en invierno la natura
cual brillante, fantástica ruina.

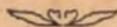
Muerta parece la robusta encina,
y da fúnebre encanto y hermosura
la nieve que cayó sobre la altura
al cuadro que un sol pálido ilumina.

Mas de nuevo al reinar la primavera
se orna de flores la feraz pradera,
la vida reaparece y cubre el monte

que hoy blanquea en el lívido horizonte.

Así también el corazón, Pepita,
en apariencia muerto, resucita.

Madrid, 1905



El dolor supremo

(A Billo)

“¿Qué dolor es del hombre el más profundo?”
cuando niño llorando preguntaba,
y tendiendo la vista sobre el mundo
cada ser mi pregunta contestaba.

—Es perder la muñeca más hermosa,—
contestóme una niña sonrosada.

—Es amar a un ingrato,—pudorosa
respondióme una pobre enamorada.

Y un anciano me dijo con voz triste,
colocando una mano en mi cabeza:

—Es pensar en un bien que ya no existe...
y abismóse en hondísima tristeza.

—Ver un hijo luchando con la muerte,
cual antorcha en la noche agonizando...
es el golpe supremo de la suertel—
una madre me dijo sollozando.

—No hay dolor más terrible que sentir
apagarse la fe que nos alienta...

—La desgracia más grande es existir...
¡El dolor más terrible no se cuenta!

—Es mirar en mitad de nuestra vida
la ilusión moribunda: el desengaño!

—Es pensar con el ánimo abatida
que la gloria en el mundo es un engaño!

—No hay dolor como aquél que nos pervierte
y nos hace pensar que Dios no es cierto.

—El dolor más terrible es ver la muerte
acercarse y llegar... y vivir muerto!

—Es mirar sollozar a nuestra madre...
—Es amar y no ser por ella amado...
—No hay dolor que el espíritu taladre
cual soñar con la gloria deslumbrado,

y después despertar entre cadenas...
—El dolor más terrible para el hombre
que una sangre de honor tiene en las venas
es mirar un borrón sobre su nombre!

Todas estas respuestas las recuerdo
hoy que joven me apresto a la jornada,
con el alma del bien enamorada,
y en un viejo cuaderno las conservo.

Y yo pienso: el dolor que no se cuenta
es quizás el mayor... el más ardiente...
pero pienso también—es mi respuesta—
que no hay dolor como el dolor presente.



San José, C. R. 1902



En la arena

Triunfadores, oid! no es la venganza
propia del hombre varonil y honrado...
generosos no sois! al derrotado,
no hay que herirle la espalda con la lanza...

Han llegado los tiempos de bonanza,
el combate y sus iras han pasado,
y la hueste triunfal no ha terminado
de arrojar el insulto en la balanza!

Envainaba mi acero... lo envolvía
en mi hermosa bandera desgarrada,
en los cielos posando la mirada...

Pero escucho la burla en mi agonía,
y pensando volver a la porfía
a la arena desciendo con mi espada!

San José, C. R. 1902



Pureza

¿Quién es puro en el mundo? ¿Qué sér puede
decir: "Yo soy perfecto"? ¿Quién acusa?
¿Quién condena? ¿Dó está el que no reusa
la piedra levantar? ¿Quién no se excede
cuando ante la violencia todo cede
del torbellino que las mentes cruza,
y si el alma vé, atónita y confusa,
que al peligro pasado otro sucede?

¿Dónde están la blancura del armiño
y la inocencia y el candor del niño,
si en aquellos jardines celestiales
el Adán y la Eva virginales
también pecaron, como peca todo,
y el alma habita una prisión de lodo?

Madrid, 1905



A la Paz

Soneto dedicado al C. Francisco I. Madero, Presidente Provisional de la República Mexicana

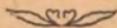
¡Salud, gloria a la Paz; mas no a la Diosa
que triste, avergonzada y abatida
la dulce libertad llora perdida,
manceba de Calígulas, odiosal

¡Salud, gloria a la Paz, que surge hermosa
ante un pueblo viril, de gozo henchida,
no arrastrando, Lucrecia envilecida,
por el fango la veste luminosa!

Surge, amable deidad, como una estrella
en el cielo brumoso mexicano,
el llanto enjuga y los rencores sella.

¡Himnos, palmas, oh pueblo; canta ufano
que ante el mundo magnífica descuella
la Paz... con la Justicia de la mano!

Campamento del Ejército Libertador
ante Ciudad Juárez. 5 de mayo de 1911



La ley de herencia

Quisiera, Fabio, una pregunta hacerte...
si eres materialista y en la herencia,
que afirman tus filósofos siniestos,
ves una ley ineludible y cierta.
El niño, de sus padres y ascendientes,
vicios, virtudes y razón hereda,
así en lo corporal como en lo psíquico,
que trasmite, a su vez, cuando procrea;
de suerte que llevamos en el alma
y en la masa de sangre de las venas
gérmenes de virtud, de amor, de ira,
de perfidia, de imperio, de modestia,
que, al chocar con afines sentimientos,
cual sonámbulos se alzan y despiertan.
El amor que palpita en mis entrañas
por la hermosa mujer de mi alma dueña,
este efecto purísimo, no es mío:
en otras existencias
transcurrió por diversos organismos
y en el pecho de un árabe o de un celta,
sepa Dios si de un vándalo o de un nubio,
despertóse al influjo de otras bellas.
Este odio mortal, inextinguible,
que profeso a los amos de la tierra,
es herencia quizás de un pobre esclavo
que en sombrías prisiones lo adquiriera.
Este bélico instinto que al redoble
de un tambor o a la voz de una trompeta
en el fondo de mi alma se levanta,
es herencia, quizás, de las guerreras
legiones visigodas.
Pero, Fabio, ¿por qué si el mal se hereda,
y también la virtud; si las pasiones

que hierven en mis venas
en otros organismos existieron;
si todo se recibe por la herencia,
carácter, lustre y gloria
nuestros padres y abuelos se reservan?
...Y, ¿por qué ni un centavo me ha quedado
de los cuatro millones de mi abuela?

Barcelona, 1904



Pablo y Virginia

Enlazadas las manos dulcemente,
debajo de los árboles floridos,
los dos enamorados van perdidos
por la orilla arenosa de una fuente.

Y sonríen los dos alegremente
en la magia de un sueño confundidos,
y sus desnudos pies huellan rendidos
con lentos pasos la hojarasca ardiente.

Virginia se detiene suspirando,
y agua bebe en la cáscara de un coco
que le brinda su Pablo, y la cabeza
en el hombro del niño reclinando,
se duerme como un ángel, poco a poco,
en medio de la gran naturaleza.

Lanza el sol sus postreros resplandores
sobre el valle; la noche se avecina,
las aves con música divina
arrullan sus purísimos amores.

La arboleda les brinda sus olores,
sus murmurios la fuente cristalina
y sus ramas el viejo tronco inclina
para cubrirlos con dosel de flores.

Pablo duerme también... El occidente
se tiñe de oro y sangre. Sus chirridos
ensaya un cigarrón. Únicamente
Dios protege a los angeles dormidos.
Sus cabezas resbalan lentamente...
y se juntan sus labios encendidos.

Madrid, 1905

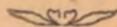
En el campo del recreo

Ante el mudo esplendor de la natura,
del dulce abril en la estación florida,
cuando el amor a la ilusión convida
y el sátiro sonríe en la espesura;

cuando en sueños de mágica hermosura
agítase la mente enardecida,
se abrasa el corazón, hierve la vida
y un punto desaparece la amargura,

en este mundo de tristezas lleno
do el llanto quema los dolientes ojos
y en que todo es tinieblas y es abrojos
y lágrimas, gemidos y veneno,
al lucir la variada primavera,
¡triunfe, triunfe el amor, triunfe doquiera!

Madrid, 1905



La Leyenda del Cíclope

A Tomás Soley Güell, un paréntesis
poético en sus admirables estudios de
Economía Política.

Está irritado el cíclope. Como un funesto alarde,
eleva entre la bruma creciente de la tarde
un penacho de humo cuajado de centellas
y golpea los cielos con su pica de estrellas.

En su potro de llamas se retuerce iracundo,
como en lo alto del Cáucaso, Prometeo profundo.
Y blasfema y sacude sus melenas hirsutas
y vomita a los cielos en enormes volutas

su dolor y su rabia en espesos vapores,
que manchan, Primavera, tu traje de colores.

¡Y en los cielos impávidos, donde Júpiter mora,
y en el zafir inmenso que la Aurora decora,

Apolo con sus flechas azaetea el volcán
que yergue al infinito su dorso de titán;
una enorme columna de humo el viento azota
como una gran bandera deshilachada y rota.

Orgullo de mi tierra y azote de Dios mismo,
Irazú, ¿que pecado te alzó sobre el abismo,
alimentó tus hornos, te abrió la negra boca,
y te dejó por siempre cautivo en esa roca?

Al pie de tu Pirámide, van desfilando siglos,
y cortejos de héroes, quimeras y vestiglos,
¡y tú sigues incólume! ¡y en tu cumbre altanera
relumbra eternamente tu embravecida hoguera!

Con ojos espantados, surgiendo de los mares,
te adoraron borucas, caribes y güetares,
y arrojaban las madres, al oír tus rugidos,
a tu cráter hambriento a los recién nacidos.

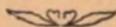
Entoces sosegada mostrábase tu cumbre
de la tarde muriente al último vislumbre,
y así pasaron siglos de horror siempre maldito,
y nunca de inocentes el negro vientre ahito.

Sólo una hermosa india guardaba en las montañas
una bella criatura hija de sus entrañas,
oculta en una cueva. El monstruo lo sabía
y con furiosos gritos la víctima pedía!

Al ver la infeliz madre descubierto el infante
y al pueblo en torno de ella contrito y suplicante,
subió a la excelsa cumbre, el alma hecha pedazos,
y se arrojó a la cima con la criatura en brazos!

Acabóse ese día tu leyenda de horror.
En tu cerviz domada clavó el conquistador
la bandera de Cristo, y de su propio estrago
surgió triunfante y bella la noble y leal Cartago.

NOTA.—Esta poesía fué la última que escribiera el glorioso vate. La remitió para su publicación a su amigo don Rogelio Sotela y a los cuidados de éste debióse el que viera la luz, en ATHENEA, órgano del Ateneo de Costa Rica, en momentos en que aún estaba muy reciente la dolorosa impresión producida por la trágica muerte del autor.



Mireio

Hermana de Virginia y de María,
Mireya, de Vicente enamorada,
se ostenta en la morera embalsamada,
como una tentación hecha poesía.

El sol de la canícula derrama
sus rayos de oro en la floresta ardiente
y el corazón de la mozuela inflama,
¡Oh, pícaro Vicentel

Salta la risa de su linda boca
como parlera y melodiosa fuente
entre guijarros de cristal de roca...
¡Oh, pícaro Vicentel

El gusanillo de seda
entre las hojas su capullo enreda,
y en sus tiernos corazones
donde la vida retoza
tejen capullos de rosa
las ilusiones.

Guardan el árbol en aéreas rondas
silfos armados de fulmíneas lanzas,
en tanto que su nido de esperanzas
teje el amor entre las áureas frondas.

San José, C. R. 1917



El ama de cría

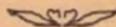
¡Mujer, te compadezcol Allá en la aldea
dejaste en pecho extraño a tu criatura
y aquí amamantas, con servil ternura,
al tierno infante que tu miel recrea.

Llora hambriento, quizás, y gimotea
el pequeño a quien robas sin ventura,
en tanto que, con rica vestidura,
harta y mimada tu impiedad pasea.

Mas no sé a quien juzgar con más dureza:
si a la bestia de cría codiciosa
que abandona a su hijo por dinero,

o la madre que entrega, temerosa
de perder la hermosura, o por pereza,
a un cariño pagado su lucero.

Barcelona, 1906



Carta de un poeta
a un su amigo estudiante de matemáticas

“Ricardo, amigo mío, pues me alabas
la ciencia de Pascal en tus escritos
y no cesas, cruel, de atormentarme
con el nombre de Euclides los oídos,
te diré algunas cosas muy sensatas
a ver si logro enderezar tus juicios.
Estudiante era yo de Astronomía.
¿Hay algo, vive Dios, más atractivo
que ver el firmamento
en azules jardines convertido,
donde fingen las vívidas estrellas
blancas rosas cargadas de rocío?
Contemplando los cielos estuviera
todavía embebido
si el Algebra cruel—¡su sólo nombre,
Ricardo, me da frío!—
al querer elevarme, no me asiera
por un pie y a este piélago mezquino
me tornara... ¡Señor, y era imposible,
sin partir por el eje a Newton mismo,
divorciar de los números a Urania!
¡Habrà mayor suplicio
que estudiar matemáticas? Ninguno.
No sufrieron ni Tántalo ni Sísifo
lo que yo, miserable, en sólo un día.
Es tan cruel esta ciencia, amigo mío,
tan seca y desabrida,
que, si existen demonios, imagino
que, en vez de luengo rabo y negras alas,
Monseñor Lucifer lleva un vestido
semejante al de aquellos catedráticos
tus verdugos, Gutiérrez... y los míos.
Imagino también que, en vez de horquillas
y de otros instrumentos de suplicio,
armados de tremendos mamotretos
los demonios, por orden del Altísimo,

enseñan a los tristes pecadores
quebrados, logaritmos
y ecuaciones de dos o tres incógnitas
hasta que pierdan por completo el juicio.
Matemáticas ¡uff! yo no soporto
la vista de un guaritmo
y tengo para mí que una mazmorra
del Tártaro sombrío
habita el inventor desa estrapada
que unos dicen fue griego y otros chino.
Seca, sosa, brutal e indiferente
es la ciencia que estudias, pobre amigo.
¡La vida es una fórmula encerrada,
la ruin exactitud, el punto fijo,
el alma recubierta
de pequeños y negros geroglíficos,
el carácter, la fe, los sentimientos
más puros, sopesados y medidos
la escala termométrica marcando
la fuerza del amor...; el cielo mismo
cortado en mil pedazos cual la esfera
de un reloj...! ¡Oh, Ricardo, esto es indigno!
Por eso yo aterrado
quemé todos mis libros
y sólo respiré cuando, gozoso,
los vi en humo y ceniza convertidos.
Si quieres recobrar la fe perdida,
volver a los alcázares bellísimos
donde hadas y tiernas princesitas
sonríen a los niños,
donde el alma se encanta y regocija,
Ricardo, haz como yo que ajeno vivo
de pesares y algébricos problemas
contemplando los cielos embebido
en los ojos radiantes de María.
¡Tratados más completos nadie ha escrito
sobre ciencia tan dulce y elevada!
Ajenos de guarismos
los ojos de mi amada, ¡cuántas cosas
en ellos he aprendido!
Estudio matemáticas contando
uno a uno sus múltiples hechizos
y dibujo lineal en sus facciones
que no vieron los dioses en su Olimpo.

Nada tienen que ver los sentimientos
como un triángulo isósceles o un círculo;
mas si tienen que ver con las estrellas
los ojos en ti fijos.

C=Pr² jamás nos dicen;
pero enseñan, en cambio, que Dios mismo
cuando tiembla una lágrima en un párpado
se estremece de amor en lo infinito
Hace un mes que en los ojos de María
contemplo el Paraíso.

Detrás de su limpiísima mirada
brilla el amor con sus fulgores vivos
y hay en su pecho un corazón de arcángel
que late sólo porque late el mío;
en tanto que detrás de la escabrosa
ciencia que estudias con afán, amigo,
se alza la inmensa vanidad del todo
y se extiende el sin límites vacío...

Vuelve, ¡oh, Cástor! en ti, torna a la vida,
deja el observatorio donde envano
penetras los misterios del abismo.

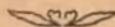
Otra es la realidad, otro es el mundo.

Convécete, querido;
mas, si estudias con gusto enredo tanto,
si te causa placer, yo nada he dicho“.

Contestación

“He leído tu carta: es infernal,
Reniegas de la ciencia, y, a fe mía,
que no reniegas mal;
pero escucha: a mi ver, José María,
debiste principiar por el final.“

Madrid, abril de 1905



La niña

¡Qué calor el de ayer! El cielo ardía.
El aire enrareciase en mi casa.
Salí al punto en demanda de un tranvía.
La calle era una brasa
que un infierno de rayos despedía.

La Rambla de los Pájaros de un vuelo
crucé, roja la faz, de aliento falto.
Miréme en Canaletas. De allí al cielo,
lector, no hay más que un salto.

El kiosko incomparable,
Oasis del flamigero Sahara,
brindóme de sus grifos la preclara
corriente inagotable.

Bendije al kioskecillo,
y subí de un tranvía
la empinada y torcida gradería,
en busca del benéfico airecillo
que roza el imperial en el momento
en que el carro se pone en movimiento.

Descendí en Vallvidrera;
corrí al bosque; brindóme una fontana
su linfa deliciosa. ¡Cuán ligera,
justos cielos, la vida transcurriera,
si la mente del hombre, loca y vana,
al hastío rendijas no le abriera!

Canséme de mirar el bosquecillo,
hartéme del murmurio de la fuente,
parecióme monótono y sencillito
el paraje sin coches y sin gente,

y ya fresco (¡tan pronto el bien se olvidal!)
el regreso emprendí; mas quiso el cielo
que, de tanto rodar casi fundida,
la garrucha infeliz viniera al suelo.

El carro se detuvo. La paciencia
perdí, dejé mi asiento.
La hermosura del sitio, el suave aliento
del aura, la divina transparencia
del cielo, me tentaron. Aspiraba
a batiente pulmón la grata esencia
que un vergel frondosísimo exhalaba...

En tan dulce momento, ¡suerte impial,
llegó como a hurtadillas un tranvía,
cogió al mío, con fuerza remolcólo
y dejóme burlado, mustio y solo
en medio de la vía.

Contra el sol que sus iras redoblaba,
fresco y dulce refugio hallé en la umbría
portada de un jardín donde tendía
sus ramazos que el céfiro trenzaba,
a modo de una verde cabellera
la más linda que he visto enredadera.

A través del follaje
distinguí una mansión encantadora,
palacete, sin duda, de la Auróra
soñado por algún Abencerraje.

¡Oh, quinta regalada,
aun contemplo tu fábrica armoniosa,
aérea, sutilmente dibujada
por la mano de un genio prodigioso!

No hablaré de la regia escalinata
ni de aquellas graciosas torrecillas
do licuábase el sol en viva plata,
ni del atrio y sus regias columnillas
(eran todas de mármol sonrosado)
ni de tantas y tantas maravillas
que aun me tienen absorto y deslumbrado.
Sí hablaré del jardín, que así a la historia
conviene y es muy grata su memoria.

De una gruta de musgo tapizada
una fuente surgía,
por un lecho perlífero corría
y, en menudos peñascos destrenzada,
a un laguito sus linfas ofrecía.

Velado por la lúbrica verdura,
descubriase a medias, embebido
en la imagen fatal de su hermosura,
un Jacinto de mármol, esculpido
por Benlliure quizás, o por la mano
vigorosa de un Fidias italiano.

Tres grandes surtidores
rizados por el céfiro, cubrían
el centro del laguito de fulgores.
Ya colas figuraban, ya se erguían
a modo de palmeras;
ya graciosas y niveas cabelleras
al soplo de los vientos ofrecían;
o, ya como abanicos de colores,
ostentaban al sol sus virillajes
y la espuma fugaz de sus encajes.

Tres bronceos tazones recogían
la lluvia de irisados brillantitos
que unos niños de mármol parecían
disputarse con gestos y con gritos,
a los bordes los unos aferrados,
los otros defendiendo diligentes
con manos, pies y dientes,
los preciosos tazones conquistados.

Alzábanse en la orilla unas glorietas
veladas por la espléndida verdura,
y, entre un grupo de artísticas macetas,
erguíase una Venus, de la albura
de su mármol de Pharos engreída.
En tan dulces imágenes sumida
estaba mi conciencia
cuando un coro de alegres carcajadas
me volvió a las llanuras desoladas
de aquesta vulgarísima existencia.
Mostrando en sus caritas sonrosadas

la dicha de vivir entre fulgores,
risas, mieles y besos, y en sus trajes
recubiertos de cintas y de encajes
la opulencia que al mundo da señores,
transcurrían en medio de las flores

varios niños. Al frente y adornada,
la rubia cabeçita por airoso
sombbrero de almirante japonés,
y al costado, entre piernas, una espada
ceñudo y majestuoso
como un húsar francés,

un apuesto mocito a mí venía.
Detrás, la vista fiera.
y altivo el continente, le seguía
una tropa de amores que vestía
pantalones, polainas y guerrera,
al uso japonés y al moscovita.
—¡Alto!—Dijo imperioso el almirante,
El sitio nos invita
a luchar sin temor. Suene al instante
el agudo clarín. Su voz sonora
encienda en el espíritu abatido

la fiebre de matar... ¡Muy bien! Ahora
saquen los monigotes.—Atendido
fue el mandato feroz por los guerreros
y al punto, en confusión encantadora,
vi en la hierba enfilados caballeros
de plomo en sus corceles,
falanges de cosacos, coroneles,
generales, cornetas, artilleros,
de todas las naciones,
y unas cuatro docenas de cañones
que inspiraban pavor. Faltaban sólo
el Mikado y el Czar; mas un chiquillo
cogió un lindo gendarme, coronólo
y dijo: "¡Gloria al Czar!" Otro pilluelo
a un húsar alemán hizo Mikado,
y por tal fue tenido y respetado.
—Ahora, trasladémonos a Oriente—
dijo el nuevo Ruy Díaz a su gente.—

Tenemos aquí el mapa de Corea,
de China, del Japón y de Kamtchatka.
¡Qué bellissimo campo de pelea...!
No olvidéis el tambor ni la matraca.

Este mar pequeñito es el de China.
El grande el del Japón. Aquí termina

la Manchuria. Formosa al otro lado,
 en la opuesta ribera,
 se extiende. Colocad una bandera
 al pie de aquel arbusto jorobado.

Mirando a la ensenada,
 fingid a Puerto Arturo.
 Alzad en derredor un fuerte muro
 y poned cañoncitos en la rada.
 ¡Muy bien! En la bahía
 está Vladivostok, y en la enramada
 que cubre la glorieta...

—La Embajada
 de Francia!

—Aquí los turcos, allá Hungría...

Esta punta que veis es Gibraltar.
 Las casitas que nadan en el mar...
 —¡Son Cuba, Puerto Rico y Filipinas!
 —Nó, señor; son las Islas Carolinas.
 —Y el Yalú, ¿dónde está?
 —Cerca de Francia.
 Poned allí soldados japoneses
 —¿Y... si acaso se enojan los franceses?
 —Pues, señor, que se enojen. ¡Qué ignorancia!

Con cañas de pescar, tras los rosales,
 atisben unos misteres y lores,
 porque en río revuelto son los tales
 muy buenos pescadores.
 Muy bien. ¿Y los carlistas?

—Calla, tonto:
 nada tienen que ver en esta guerra.
 Ahora a colocar, ligero, pronto,
 los fuertes en la punta y los soldados
 a orillas del Yalú. ¡Bien! A Inglaterra
 la pondremos aquí. Ya colocados
 los barcos en el agua y coronados
 de guerreros los fuertes, demos nombres
 a algunos destos hombres.

Este es Kuropatkine; aquel montado
 a caballo, Kuroki; y el del lado,
 ¡el almirante Togo!

—¡Bravo!

—¡Vival!

—Jesús, qué batahola!
¿Sois acaso una turba fugitiva...?
¡Silencio, vive Dios, que ya tremola
la bandera del Czar, y no es decente
asustar con aullidos a su gente!
De trono servirá la cacerola.

Los reyes coloquemos.

—Pero... ¿juntos?

—No temas que se maten: en asuntos
de tal naturaleza
ellos nunca se rompen la cabeza:
son otros los difuntos.

Ya todo preparado,
conforme a la novísima ordenanza
de aquel pequeño Aquiles sonrosado,
a mis ojos el campo de matanza
ofrecía un aspecto inusitado.

Bogaban por el lago cañoneros,
transportes, crucerillos, torpederos,
y uno que otro feroz acorazado,
de papel y cartón la mayoría,
los demás de hojalata y de madera.

Al abrigo de un fuerte, en la ribera
contraria, la gran Yedo se extendía,
(o quizás Nagasaki) con su extraña
chinesca arquitectura.

Era un puerto nipón en miniatura
salido de una fábrica de España.

Mostrábase en el fondo de una ría
Puerto Arturo el famoso, defendido
por un triple cordón de artillería
y un fortín con pedruscos erigido.

Ondulaban a orillas de la fuente
banderitas de todas las naciones
al amparo de sendos batallones
que tenían sus músicas al frente.

Allí Kuropatkin con gentileza
sobre un lindo camello cabalgaba
y Togo, el almirante, se mostraba
de un comando francés a la cabeza.

A una voz, redoblaron los tambores
y un viejo cornetín todo abollado
el aire atropelló con sus clamores.
Blandió el jefe su acero despuntando.
Y, al punto, cada cual voló a su puesto
al combate el espíritu dispuesto.

Siguió al ruido un silencio pavoroso,
un segundo mortal, y sonó luego
la horrible voz de "¡fuego!"
provocando el arranque belicoso.

Al chocarse con ímpetu las quillas,
los barcos de papel al punto ardieron,
agitóse la mar, y en las orillas
del luctuoso Yalú se acometieron
las bravas divisiones con semillas
de nispero. La llama
corrióse a Puerto Arturo cuyo fuerte
esparcía doquier espanto y muerte.
No escapó Nagasaki (o Yokohama)
del incendio feroz, pues un blindado
tumbóse, de improviso, de costado
y, el fuego que llevaba, en un segundo
jay, borró de la faz del ancho mundo
la perla de las Indias Orientales!
—¡Qué bello! ¡Qué bonito!—
exclamaban, radiantes de alegría,
los muchachos en torno del laguito.
—¡Cuál se batan los rusos en la ría!
—¡El torrente se lleva a un soldadito!
—¡Muy bien, Kuropatkin!

¿Qué le pasa?

a Kuroki?

—¡Ay, pobre: se ha quemado!
—El almirante Togo, por la traza,
viene algo acatarrado!

A la insólita grita
y al són del cornetín, una niñita
se asomó a una ventana, y, descubriendo
a los bravos causantes del estruendo,
gritóles con su fresca vocesita:
—¡Dios mío, qué algazaral

—Señorita,
—respondió con voz grave el Almirante
envainando el acero deslumbrante,—
son cosas de la guerra.
—¡Ah, reñís! ¿Y por qué?

—Baja al instante
mujer, y lo sabrás... Pero antes cierra
con sigilio ventanas y balcones.
¡Si papá nos oyera, bajaría,
y, a pesar de mis cruces y galones,
un Bailén con nosotros armaría.—

Descendió la muchacha. ¡Qué garbosa
criatura de diez años! ¡Cuál lucía
en su frente de pétalos de rosa
el sello de la dulce Poesía!
Acercóse risueña y temerosa,
la causa interrogó de aquella lucha,
y, llevando la mano a su gloriosa
espada, el niño dijo:

—Escucha.

Estos que ves aquí son japoneses,
señores de una parte del laguito.
Riñeron con los chinos hace meses,
pues tenían en pleito un térrenito.

La justicia europea
falló, entonces, dejando la Corea
al Japón; mas los rusos al momento
enviaron a Manchuria un regimiento
y sembraron la tierra de cañones.
Tal conducta ofendió a los japoneses,
armáronse reñidas discusiones,
y al punto los ingleses,
que le tienen a Rusia mucho miedo,
metieron al Mikado en el enredo.

Los rusos se adueñaron
de Manchuria y las cumbres artillaron
sin permiso, es muy cierto;
pero, al fin, lo que aquí nos interesa
es saber quien se queda con el puerto,
Gibraltar, el laguito y...

—Cesa, cesa.

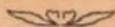
Dí, ¿por qué su terruño abandonaron
y de ajeno país se apoderaron?
—Porque el Czar, aquel gordo caballero
de casco y de plumero
que está en la cacerola,
miró el mapa una vez y dijo: «¡Hola!»
Hay allí tierra inculta... ¡Buena tierra!»
Replicóle el Mikado: «Yo no quiero
que te acampes allí, por que eso es mío.
Yo ganéle a los chinos cuanto encierra
la Manchuria» —«¡Embusterol!»—
gritó el ruso—colérico y sombrío.
Y entonces a la guerra
se lanzaron cosacos y nipones
—No comprendo, Miguel: eso es un lío.
Pues, si fué aquel señor de los galones
el solo promotor del incidente,
el insulto, Miguel, ¿no fué al Mikado?
pues... ¿por qué encolerizase su gente?

En tanto que caídos y confusos
japoneses y rusos
perecen por sus reyes,
sin duda en cumplimiento
de tiránicas leyes,
aquellos señorones de contento
palmotean lejitos de la danza...
Si aman tanto el combate y la matanza,
¡que se maten los dos, encuentren luego
el perdón de sus culpas en el fuego,
y que vivañ en paz los soldaditos!—

Así dice; y resuelta y valerosa,
sin cuidar de protestas y de gritos,
salta sobre el bastión, coge furiosa
a los dos monigotes coronados
y los tira al fogón despedazados.

Pasado el gran calor, dejé la entrada
del aquel ya para mí sitio de gloria,
meditando en la niña delicada
que grabó en la portada
del templo de la Historia
la sentencia de Dios, y su memoria.

Barcelona, 16 de Julio de 1904



Suerza de amor

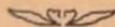
Un gentil y arrogante caballero,
desprendido, valiente y dadivoso,
soñador, fino, amable y generoso,
en las lides y fiestas el primero,

muy pulcro en el vestir, dicharachero,
más paciente que Job, artificioso,
atrevido, locuaz y bullicioso,
intrépido, gallardo, noble y fiero,

y soberbio a la par e impertinente,
con su *miaja* de cómico y de poeta,
tal puede Amor hacer, cuando es ardiente
y más si lo estimula una coqueta,
del rústico que al sol se espulga y rasca
y bebe en bota y coliflores masca.

...Mas también puede hacer, en todo suelo,
del más sabio, benévolo y paciente,
un Sansón sin cabellos o un Otelo.

Madrid, 1905



Cuando yo muera

Cuando pague tributo a la Natura
y mi espíritu vuelva a su morada,
si tú existes aún, mi dulce amada,
dame al pie de algún árbol sepultura.

En mármóreo sepulcro no me entierres,
que es lujo y necedad la humana pompa;
no podrás impedir que me corrompa
aunque en caja de sándalo me encierres.

Entiérrame a la orilla de una fuente
y cultiva un jardín sobre mi fosa,
y así, mi corazón trocado en rosa,
llenará de perfumes el ambiente.

Más prefiero ser fruto sazonado
que flor para los ángeles nacida;
en vez de grata esencia, ser comida,
y ofrendarme hecho pan al desgraciado.

Dame al pie de algún árbol sepultura,
do pudiéndome al borde de un camino,
calme el hambre y la sed del peregrino
y le brinde frescor con mi verdura.

Barcelona, 1904

Nota: La trágica muerte del poeta y la circunstancia de que sus restos fueran enterrados, sin la menor pompa ni aparato, en un retirado lugar, cercano a la frontera panameña, dio cierto carácter de presentimiento a esta poesía. El joven e inspirado poeta, Raúl Villalón, interpretando el sentimiento popular, compuso la que figura al pie de esta nota. Ambas publicaciones publicadas en hoja suelta, se hicieron popularísimas, y los sentidos y hermosos versos de una y otra, han quedado en la memoria de los costarricenses, como símbolo luctuoso de aquellos acontecimientos.

Después de muerto

(A la memoria del poeta don
Rogelio Fernández Güell)

Ya le rindió tributo a la natura:
su alma exhuberante de poeta
voló cual blanca alondra hacia la altura,
dejando en cada pecho una incisión.

Nó marmóreo sepulcro visitado
guarda en caja de sándalo su cuerpo:
en la montaña libre perfumado
fructifica hecho planta en floración.

Transportémosle a orillas de una fuente
donde crezca un vergel de siemprevivas,
donde al trino del pájaro la gente
le nombre con divina admiración.

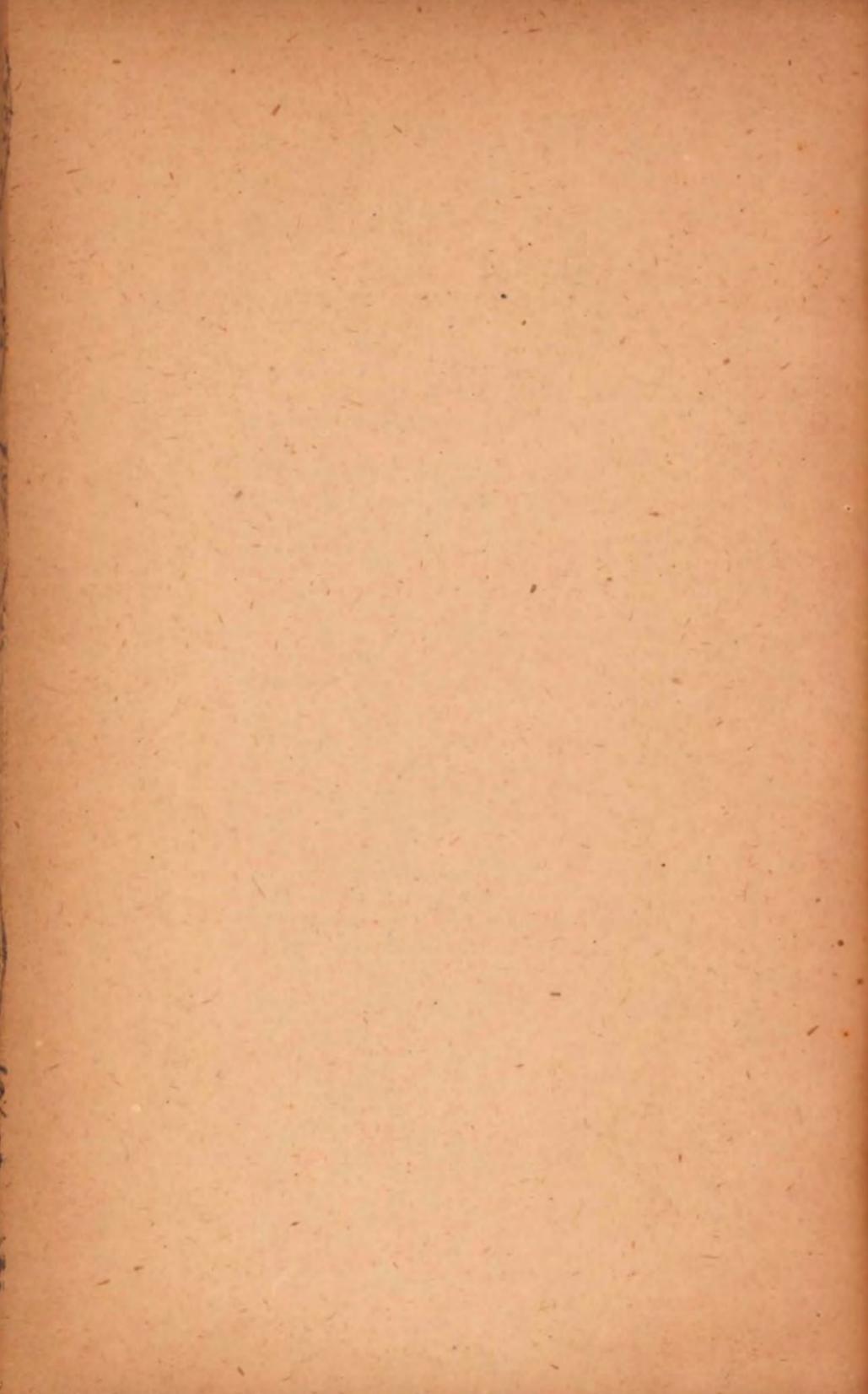
El dará, hecho fruto sazonado,
consuelo al miserable peregrino,
nó el aroma del cáliz consagrado
en lúbricas gardenias de salón!

Presto hagámosle al héroe sepultura
donde duerma a la vera de un camino;
y labrémosle un lecho a la frescura
del árbol que anheló su corazón.

1918

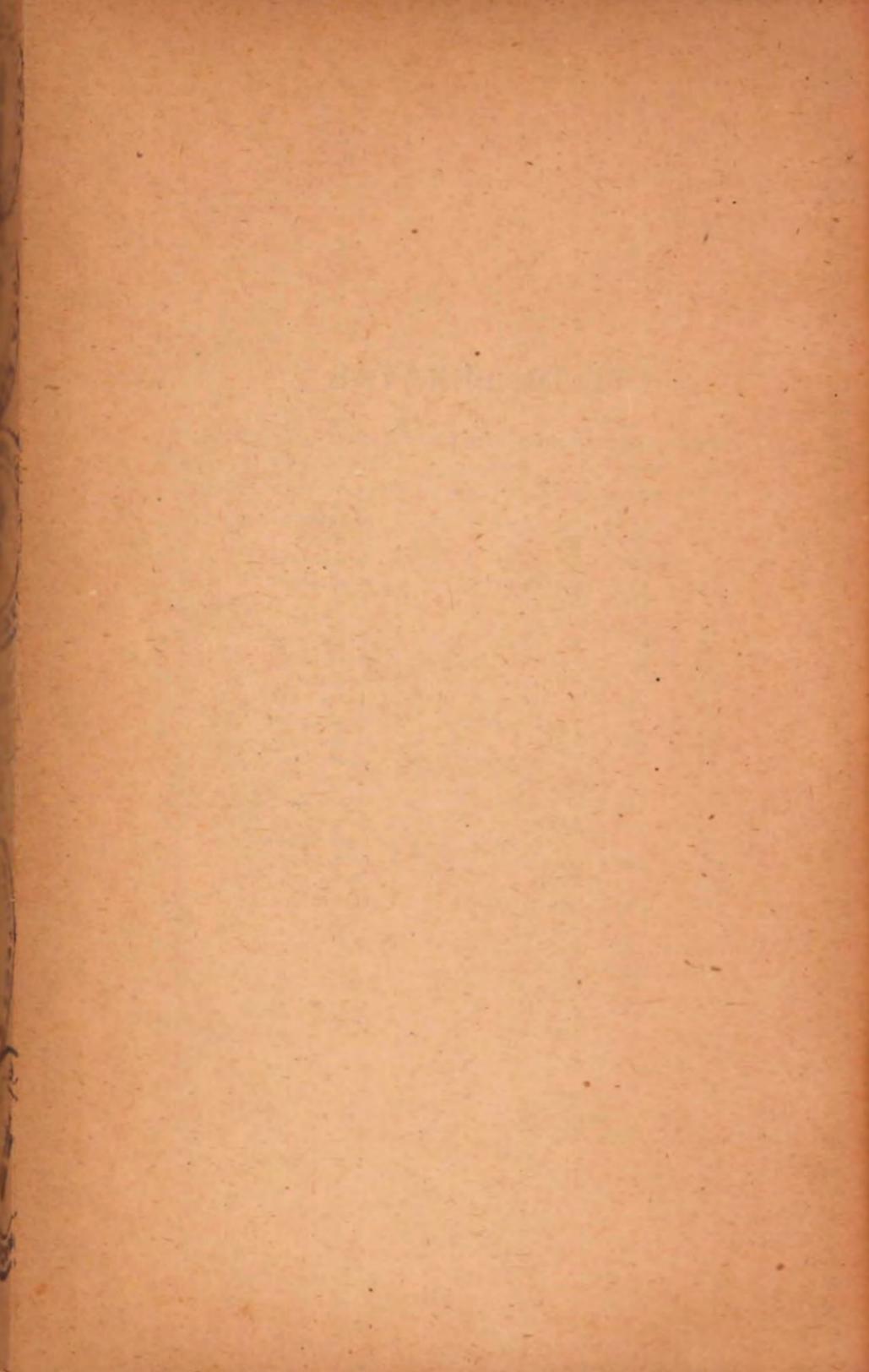
RAÚL VILLALÓN

FIN



FE DE ERRATAS

Página	Línea	DICE	LÉASE
7	4	parentezco	parentesco
8	11	picarezca	picaresca
9	25	Chataubriand	Chateaubriand
11	33	privilegiado	privilegiado
21	21	llama	llame
35	12	ojarasca	hojarasca
48	16	dromerario	dromedario
48	20	penciles	pensiles
54	13	cabernas	cavernas
55	22	hondas	ondas
70	5	Cuando tú, etc.	Cual tú, etc.
71	26	jazpes	jaspes
71	34	diocesillos	diosesillos
71	42	premio	premió
76	35	corlerillo	cordelillo
92	10	exalan	exhalan
94	40	mata el pelo	mata de pelo
101	16	munstruo	monstruo
103	1	Di le	Dióle
121	3	reúsa	rehusa

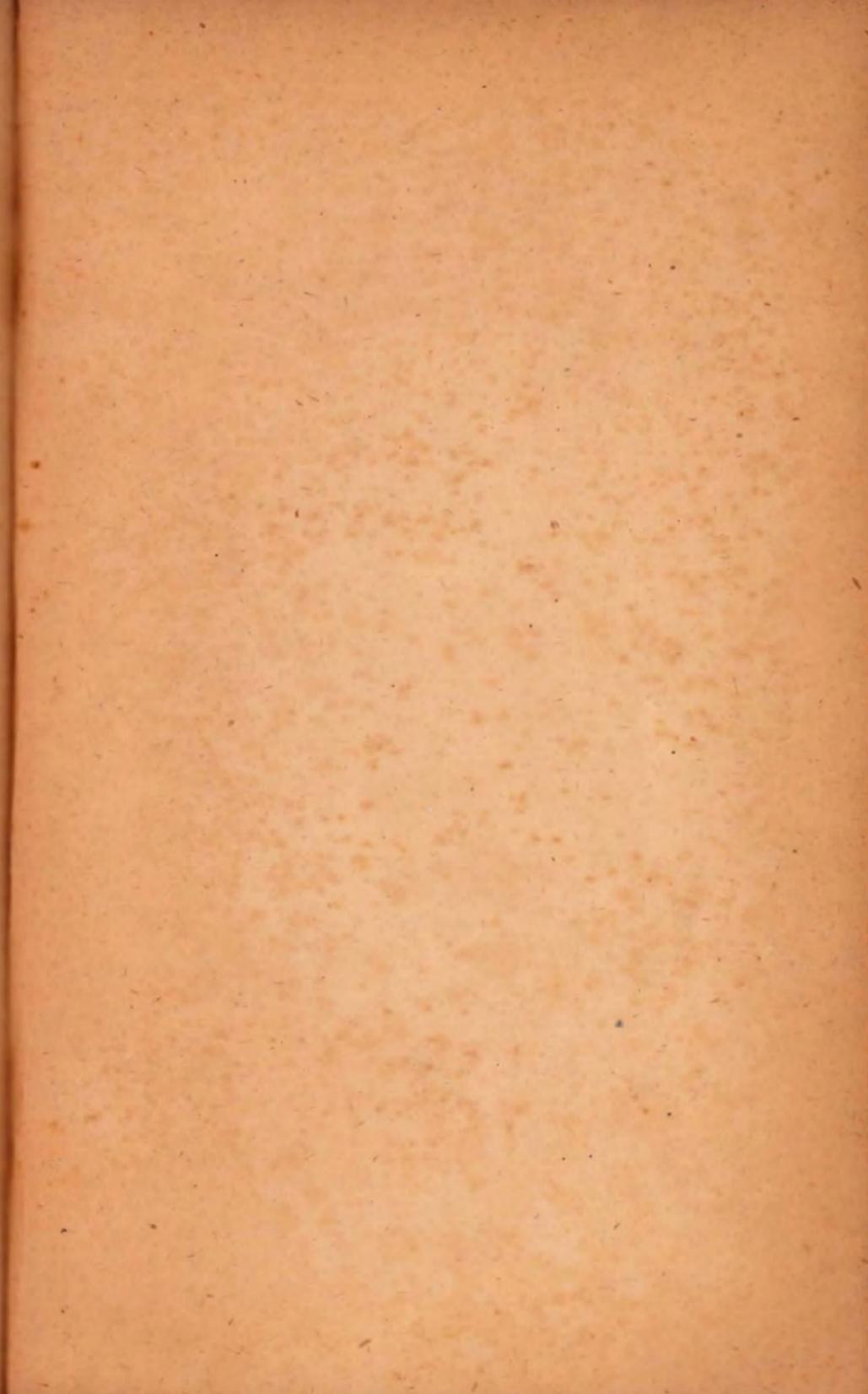


INDICE

Prólogo	7
Mi testamento literario	15
A la meva esposa	19
Por qué canto	21
El Idilio	26
Petronio	30
Los Andes (Fantasía Panorámica)	33
Preliminar	35
Preludio	37
Panorama	38
El Terremoto	40
Heroica Nox	42
Gloria	46
Ande excelso	47
Invocación	50
La amenaza del ciclope	52
Visión de Amor	56
A Costa Rica (En la ausencia)	59
Otelo y Desdémona	62
La Musa Americana	63
¡Tierra!	68
Morazán	69
Al quetzal	70
A Mercurio	71
Serenata	75
María Magdalena	77
Trompetas y Liras	78
Un delirio de Espronceda	79
Dios	86
A la muerte de Plácido	88
En la Sierra	89
Desde mi butaca	90
Canción de amor	91
Mariposeo	96

Opiniones	97
Caricatura	98
El automóvil y el caballo	99
Andalucía que canta	102
El soneto	103
De las discretísimas razones que hubo el buen escudero Sancho Panza con su señora Dulcinea	104
Fiat Lux	107
Página de Album	108
Molino de viento	109
El Poeta	110
Décimas	111
¡Estudia!	112
El primer dolor	113
El jilguero	114
A Merceditas Soley	116
Invernal	117
El dolor supremo	118
En la arena	120
Pureza	121
A la Paz	122
La ley de herencia	123
Pablo y Virginia	125
En el campo del recreo	126
La Leyenda del Cíclope	127
Mireio	129
El ama de cría	130
Carta de un poeta a un su amigo estudiante de matemáticas	131
La niña	134
Fuerza de amor	144
Cuando yo muera	145
Después de muerto	146





236

